

Arquitectura popular española

I

Antonio Jiménez-Landi*

La arquitectura popular

La arquitectura es el arte de construir. El arte, sin más, es, tan sólo, una creación humana. Cuando pretende, como uno de sus fines, producir la emoción estética, se convierte en una bella arte; sobre todo si esa finalidad constituye su esencial objetivo. En la arquitectura, más aún que ninguna otra de las bellas artes, los factores físicos, naturales, sociales y económicos están condicionando, constantemente, la realización de sus fines estéticos.

La arquitectura popular es la que hacen las gentes del pueblo, no culto, y su interés para nosotros estriba en los valores estéticos, étnicos, geográficos, históricos que encierra, pese a que, en la mayoría de los casos, ninguno de estos valores ha sido *buscado* premeditadamente por sus artífices, al menos como objetivo primordial. La mayor parte de las veces, la belleza de una construcción popular es *ignorada* por quienes la hacen o la utilizan. En todo caso, la belleza que descubre el observar culto y sensible muchas veces difiere de la que percibe el hombre inculto que la crea.

El arte del pueblo —y la arquitectura en consecuencia— necesita, para hacerse notar, el contrapunto del arte erudito, de la arquitectura culta. Y la diferenciación entre una y otra es, por lo tanto, necesaria.

Los tratadistas del tema han señalado características numerosas a la arquitectura popular: economía, utilitarismo, caracteres comarcal y rural, repetición de formas tradicionales, localismo, adaptación al medio, anonimato de sus autores, etc. Pero todos estos caracteres, en medida mayor o menor, también son comunes a la arquitectura *erudita*.

El rasgo fundamental, y realmente divisorio, entre la arquitectura popular y la culta radica, *perogrullescamente*, en que la primera es obra de un constructor *inculto*, y la segunda está concebida por un artífice *culto*.

Consecuencia de esta diversidad de orígenes es que la obra culta responde a un estudio *sabio* de los elementos que se aglutinan para su realización y, en medida mayor o menor, la consciente adhesión a unos modelos estilísticos. En los casos mejores, el afán de perfeccionarlos, de superarlos, de creatividad, incluso de fantasía, que son los grandes incentivos de la paulatina evolución a la que va unida la historia del arte.

RESUMEN

La gran variedad de paisajes que presenta el relieve de España se refleja, también, en la de su arquitectura popular. Así, nos encontramos con una tipología que va desde las viviendas con sólidos muros pétreos y techumbres pizarrosas de acusadas vertientes, a las construidas con material de barro —adobe y tapial—, o escarbadas en la tierra, con grandes terrazas, pasando por las entramadas a base de madera y cerramientos de guijarros, a las barracas huertanas de Levante, y a los conjuntos urbanos de plazas y calles porticadas; más las construcciones accesorias, de usos agrícolas, tan pintorescas y típicas como los hórreos de la cornisa norte o los molinos de viento en la submeseta meridional y en los territorios insulares balear y canario. Todo lo cual da un interés excepcional a un conjunto, en el que se hermanan, felizmente, la geografía, la tradición y la historia para crear ambientes únicos de evocación y de belleza.

* Escritor.

Nada de esto encontramos en la arquitectura popular. Al artista del pueblo le faltan estudios, le falta una sensibilidad cultivada; repite formas aprendidas en el uso del propio oficio; no busca la innovación, el estilo, a cuyos cánones se somete el arquitecto culto. No carece, por ello, de sentido estético, pero su inspiración es *adquirida*. En gran parte de los casos la belleza de la arquitectura del pueblo está condicionada a valores históricos o ambientales en mayor medida que la obra culta. Y, de aquí, una de las virtudes que la adornan: la de llegarnos más adentro; su impacto sentimental; el calor humano que desprende; su poder evocador; el testimonio de algo vital inmediato.

Por lo concerniente a los elementos materiales que utiliza, y al uso de motivos ornamentales, claro es que se derivan del arte culto. De aquí otros dos rasgos característicos: el tradicionalismo estético y la permanencia de formas cuyo origen *se ha olvidado*, y aparece, todavía, como testimonio residual y sin vigencia presente. Pero, esto mismo, no deja de prestarle encanto.

Por otro lado, la sumisión de la arquitectura popular al entorno geográfico y, sobre todo, climático, en que se desarrolla, le presta rasgos determinantes, comunes o diferenciales, que nos permiten clasificarla por zonas y comarcas. En el caso que nos ocupa, vamos a seguir la excelente obra *Arquitectura popular española*, de Carlos Flores, que nos parece fundamental para su estudio: zona pirenaica y prepirenaica; países vasco-navarro, astur-cántabro y gallego; comarcas centrales; Andalucía y Cataluña. Esta clasificación admite, naturalmente, muchas subdivisiones y obedece al reparto de la Península Ibérica en zonas naturales y, sobre todo, climáticas, de las que trataremos sucesivamente.

II

Las construcciones pirenaicas

Las construcciones pirenaica y prepirenaica incluyen la parte norte de Navarra, de Aragón y de Cataluña; especialmente estas dos últimas regiones.

La dureza del clima invernal y las grandes nevadas obligan a la concentración urbanística en pequeños núcleos de población. La campiña está poblada, tan sólo, por los refugios de los pastores o *bordas*. La piedra es el material básico para la construcción de muros y pavimentación de calles. Se utiliza la teja curva en las cubiertas de las casas; pero lo más característico es el empleo de lajas de piedra y de placas de pizarra. Los tejados suelen ser a dos aguas y con faldones de doble pendiente, más suave al aproximarse a las fachadas sobre las cuales se prolongan. Porque otra característica de la zona es el uso de aleros salientes. El tosco labrado de la piedra tiene su excepción en las casas ricas, cuyas puertas principales presentan arcos de doble punto con grandes dovelas.



Torla (Huesca).



Roncal (Navarra).

El reparto de los espacios construidos oscila entre una, dos y tres plantas; la primera, destinada a las faenas propias de la economía rural: establo, cuadra...; la segunda a vivienda, y la tercera a granero y desván. En la planta superior se abre un balcón destinado a secadero de productos campesinos, y tiene una baranda. En las casas correspondientes al alto Aragón, las chimeneas elevadas se cubren con una caperuza, para que la lluvia y la nieve no penetre en su interior; y en la región catalana, el tejado de cuatro pendientes puede presentar un pequeño plano achaflanado sobre la fachada principal. Las alturas de las techumbres son muy elevadas, a veces incluso más que la fachada de la edificación, cuando ésta es de una planta única. En las proporciones y formas de fachadas y techumbres, huecos y macizos de muros, se nota como una influencia del estilo románico, presente en toda la zona, desde la Colegiata de Roncesvalles al Monasterio de San Juan de la Peña y a los templos de los pueblecitos de la alta Cataluña.

III

La casa vasco-navarra

En las viviendas de esta zona llama la atención la gran anchura de la fachada principal respecto al resto del edificio. Nos referimos a la casa campesina, al *caserío*, donde habita la familia exclusivamente dedicada a las faenas agropecuarias. Hay otro tipo de construcción ciudadana cuyas características son comunes a todas las poblaciones de la costa cántabra. Existen, pues, dos tipos de poblado, el propio de las aldeas recogidas en estrechos valles, y el disperso de los caseríos. La casa de los poblados, repito, es semejante en toda la región cántabra, incluso la edificada en los puertos de mar y en las zonas ribereñas



Caserío. Oñate (Guipúzcoa).



*Casas de pescadores.
Ondárroa (Vizcaya).*

de las grandes rías. En todas ellas el solar se ha aprovechado al máximo, por lo que presentan estrechas fachadas de varias alturas, a veces escalonadas, con balcones antepechos, volados o corridos y aleros muy salientes. La presencia de miradores es más moderna. Para protegerse del agua —la marina o la pluvial—, algunas fachadas están forradas de azulejos, como puede verse en el barrio de pescadores de San Sebastián. Se produce, así, una nota de color estridente, que, limitada a su entorno particular, no deja de tener pintoresquismo y hasta parece un alarde económico de los propietarios.

Más interés tiene, para nuestro estudio, el *caserío*. Consta de una edificación principal, dedicada a establo, vivienda y granero, rodeada de alguna otra accesoria y mucho menos importante. Los rasgos característicos de esta construcción rural son los siguientes: planta rectangular, techumbre a dos aguas, con el caballete perpendicular a la fachada principal, alero saliente, bajo el cual se abre el balcón secadero, con su gran barandilla de madera, totalmente protegida por aquél.

En las casas de dos plantas llegan a superponerse dos balcones secaderos. El voladizo de aleros y balconada puede estar sostenido por fuertes canecillos o por largos punteros. Otro rasgo típico del *caserío* es el portalón de acceso, que puede ser adintelado o presentar un arco rebajado de grandes dovelas. Alguna vez se trata de dos arcos unidos por una columna central común a ambos. La planta baja es, normalmente, de mampostería; las superiores suelen levantarse a base de un entramado de madera y relleno. En los *caseríos* antiguos el cierre era tan sólo de tablas.

Existe un tipo mixto de arquitectura culta y popular cuando la casa de labor se ha construido sobre una antigua torre señorial, caso frecuente en la zona. El aprovechamiento de la vieja construcción obliga a cubrirla con techumbre a cuatro aguas.

Se conservan algunos restos de hórreos ya desaparecidos casi en toda la región.

IV

La casa santanderina

Como he dicho anteriormente, a lo largo del litoral cantábrico hay dos tipos de construcciones, unas peculiares de los conjuntos costeros y otras propias del interior. Las primeras se agrupan en torno al puerto, del que irradian las vías principales. En su aspecto externo y en los elementos constructivos, estas edificaciones responden a un modelo único. No sucede así con las del medio rural. En el campo, los materiales de construcción de la casa cántabra, principalmente, son la piedra, la madera de roble y castaño —árboles que abundan en el bosque santanderino— y la teja curva para las techumbres.

La casa de labor montañesa no suele estar aislada, como en Vasconia, sino formando conjunto en poblados pequeños, y frecuentemente rodeada de huertos o prados. El caserío no se presenta aglutinado en torno a un centro de reunión ciudadano —como vamos a ver en las mesetas centrales—, sino en forma diseminada, a lo largo de algún valle o camino. En su forma típica, la casa rural santanderina es de planta rectangular; dos pisos, con el caballete del tejado paralelo a la fachada principal y techumbre a dos aguas cubierta con teja curva. Los muros laterales están formados por unos robustos quitafuegos de piedra sillar, que pueden escalonarse a partir de la planta segunda, en la que se abre la solana, un balcón corrido con baranda de balaustres torneados de madera. La planta baja corresponde al establo para el ganado vacuno —principal explotación del montañés—, la cochera, etc., y comunica al exterior por un gran zaguán abierto, el *estragal*, si bien, al correr los años, este zaguán ha ido cerrándose en la mayoría de las construcciones. En cambio, ha prevalecido la solana con los dos quitafuegos laterales que la cobijan. También se encuentran balcones aislados bajo el tejero correspondiente. En las casas más antiguas, la planta segunda, destinada a granero, se cerraba con un entretejido de tablas verticales de varas de avellano, recibidas con barro para formar un tabique, el *seto*. Algunas casas tienen porche, cuya cubierta puede ser una prolongación del faldón del tejado. Su estructura suele responder al más sencillo y primitivo sistema de *sopandas*.

Los techos de las habitaciones son de madera descubierta, sin cielo raso, y los pisos de tablones de castaño. Pero este doble sistema es el común en la casa medieval, que se ha conservado, más o menos, en las diversas regiones. Es frecuente que el faldón de la techumbre se rompa en la fachada principal, dando lugar a una habitación, que avanza sobre dicha fachada en forma de ático. Excepcionalmente, aparecen las techumbres de lajas de piedra, y los muros de sillarejo y mampostería en el valle de Pas, así como los montantes de madera. Lo curioso es que estos muros pétreos se revocan de blanco, así como los arcos de puertas y ventanas, los balaustres y los cerramientos de tablazón.

Existe el problema de si la *casona*, la casa-palacio rural, se ha inspirado en la aldeana, o la aldeana en la casona, y si podemos considerar a esta última como incluida en la arquitectura popular.



*Palacio de la Pezuela. Entrambasaguas
(Cantabria).*



*Casa donde nació Juan de Herrera.
Mombellán (Cantabria).*

Parece lo más verosímil que los constructores de la casona se hayan inspirado en la vivienda del pueblo; pero cuando sufre modificaciones o añadidos en su estructura primigenia, evidentemente, puede considerarse como *popular*. Un elemento característico de la casona es el escudo de armas de sus moradores, escudo que muchas veces constituye el adorno principal de la edificación y se guarece bajo el gran alero de la solana.

Por último, en zonas próximas a Asturias aún se ve algún *hórreo* de planta cuadrada, como los que debieron existir en toda la región.

V

Arquitectura asturiana

No existe una tipología específica en la casa-vivienda de Asturias, influida por las comarcas limítrofes santanderina, gallega y aun leonesa. No obstante, se aprecian algunas modificaciones de esa tipología general que responderían a una inspiración autóctona. En su obra mencionada, Carlos Flores fija las dos más importantes: el cierre lateral de las galerías altas por dos pequeños cuerpos, uno a cada lado de aquéllas, cerrados y revocados de blanco, y el abundante uso de la madera en los exteriores y en los interiores. En cuanto al cuerpo saliente de la techumbre —para dar espacio a una habitación—, en la campiña asturiana puede aparecer acristalado, hecho que le aproxima a la construcción culta.

Los balcones de madera presentan muchas variedades: volados, corridos sobre dos fachadas, a haces de una de ellas; sobre pies derechos —en las casas de dos plantas—, y cerrados por balaustres torneados, por tablas lisas, etc.

Es común la casa con una planta baja de piedra —que normalmente se revoca de blanco—, y la segunda de madera. Las techumbres se cubren de teja curva, pizarra y, más raramente, losa de piedra. En casos aislados se encuentran los quitafuegos y el seto santanderinos.

Pero si la vivienda rural asturiana ofrece poca originalidad —en el supuesto de que haya sufrido una influencia externa de sus comarcas limítrofes—, la construcción destinada a la tarea agrícola cuenta con un ejemplar del mayor interés: el *hórreo*, del que nos ocupamos inmediatamente.



*Casa típica
(Asturias).*

VI

El hórreo asturiano. Palomares y pallazas

La finalidad esencial del hórreo es la de preservar a los productos agrarios de las inclemencias del tiempo y de la acción destructora de las alimañas. De aquí se desprenden sus dos condiciones básicas: la solidez de la cubierta y el aislamiento del suelo.

El nombre de esta construcción se deriva del vocablo latino *horreum* —granero—, y está muy extendido por Asturias y Galicia, si bien con rasgos externos muy diferenciados de forma y de tamaño.

El *hórreo* asturiano puede ser de planta cuadrada o alargada; pero a este segundo se le llama, entonces, *panera*. La construcción consiste en cuatro pilares, uno en cada ángulo del cuadrado, sobre los cuales se levanta un cuerpo de madera, cerrado, pero con galería alrededor —o en una, al menos, de sus partes—, más la techumbre a cuatro vertientes, por lo que ésta última adopta una forma piramidal de poca altura.

En la *panera* —por ser alargada— los pilares son seis, al menos. En el hórreo, el vértice de la pirámide aparece rematado por un pibote de piedra. En las *paneras*, los pibotes son dos, uno en cada punto donde se juntan las limas de la techumbre.

Los pétreos pilares están tallados toscamente, en cuatro o más caras, y van en disminución desde el suelo. Sobre su parte superior se coloca una losa de piedra, en forma circular —las más típicas— o de rectángulo. Grandes vigas descansan en estos cuatro o seis puntos. Sobre las vigas se alza la tablazón que constituye las paredes del granero. Estos elementos constructivos tienen su nomenclatura peculiar; los pilares se llaman *pegollos*; las piedras que se colocan sobre ellos, *muelas* o *pegolleras*; las cuatro grandes vigas apoyadas en éstas se denominan *trabes*. Al hórreo se sube por una escalera de piedra sin barandilla, y cuyo peldaño superior no toca al piso del granero, del que queda separado por un espacio vacío. Esta escalera se llama *patín*. Aunque la techumbre es de teja vana, también las hay de paja.

La disposición de *pegollos*, *muelas* y *patín* responde a la necesidad de que los animales roedores no puedan acceder al granero, porque el enorme vuelo de las muelas les obligaría a marchar boca arriba, y caerían al suelo. El espacio de separación entre el piso del hórreo y el *patín* es insalvable, de un salto, para estos bichos.

Cuando los *pegollos* son de madera, se apoyan en una piedra que los defiende de la humedad. La galería que flanquea o rodea al hórreo sirve de secadero y cuenta con una baranda de balaustres torneados o de tabla siluetada. Cuando el vuelo de la techumbre es muy saliente, puede apoyarse en palos a manera de punteros. Debajo del granero queda un amplio cobertizo donde se recogen los aperos de labranza, incluida la carreta, porque el hórreo asturiano es muy grande y la *panera* más todavía. El gran tamaño de estas últimas permite que sean utilizadas por más de una familia labradora.

Asturias nos ofrece dos tipos más de construcción rural utilitaria: el palomar de mampostería —revocada o no— y el de madera. Los primeros suelen ser de planta circular, y los segundos de planta en forma de rectángulo. Se construyen con tablazón de madera en la que se abren las ventanitas o agujeros para que entren y salgan las palomas.



Hórreo asturiano.

La *pallaza*, *palloza* o *pallota* es una construcción rudimentaria y primitiva que, en tiempos remotos, cobijaba a la familia humana y a los animales domésticos, sin apenas divisiones internas. Hoy, las que perduran, son utilizadas separadamente por las personas o por los animales. Otras se usan tan sólo como refugios de montaña. Se hallan en algunos lugares recónditos de las sierras asturiana, leonesa y lucense. Lo más interesante de estas pallazas es la estructura de su techumbre, a base de maderos unidos por pares en forma de tijera, sobre otro longitudinal que los sirve de soporte. Los muros, donde aquellos se apoyan, son muy bajos, de piedra sin labrar y sin recibir con argamasa, y en los que se abren algunos ventanucos y la puerta. La cubierta es de paja. También de paja son las techumbres de algunos hórreos de estas regiones perdidas en las montañas: Las Brañas de Arriba (Asturias), Sierra de Ancares (Lugo), etc.

VII

La arquitectura popular gallega

Caracteriza al clima de esta región su extrema pluviosidad, aunque desigualmente repartida. El campo de Galicia es ondulado, con bosques de roble, pino, castaño, fresno y abedul —a los que se suma el importado eucaliptus— y verdes prados naturales. La ganadería —vacuna y de cerda— es la fuente de ingresos más importante de la economía gallega, sin desdeñar la pesca y las industrias derivadas de ambas explotaciones.

La fisonomía arquitectónica de Galicia responde a esas realidades y a una propiedad muy repartida. Así pues, se muestra en la forma de pequeñas aldeas y de construcciones diseminadas por toda la campiña. Varias aldeas constituyen la parroquia; las parroquias, un ayuntamiento. Un hecho histórico de gran trascendencia para esta región fue la creencia en el hallazgo del cuerpo del Apóstol Santiago y las peregrinaciones que este hecho hubo de atraer hacia Compostela, por parte de todo el mundo antiguo.

La diferencia entre poblado costero y rústico es menos sensible en esta región, donde ambos tipos están bastante mezclados. El uso de la piedra granítica y de la pizarra, en los muros exteriores, predomina sobre otros materiales en mayor proporción que en el resto de las zonas vasca y cántabra. El otro material básico es la madera que se utiliza en techumbres, tabiquería y pisos abundantemente. La teja curva y la piedra, más o menos pizarrosa —la paja, en proporción cada vez menos—, son los materiales usados para cubiertas.

De antiguo tienen fama los canteros gallegos, y bien merecida, pues alcanza no solamente a la arquitectura culta, sino también a la popular. Los arcos de medio punto de algunos pueblos gallegos (por ejemplo, Betanzos) son un modelo de perfección.

La casa gallega se construye, casi siempre, en una o dos plantas, con muros exteriores de piedra tosca, sin revocar, y la techumbre a dos aguas. Pero también es frecuente el aparejo de sillares. Las construcciones menores son el establo, la cochiguera, la cuadra, el horno; suelen ir adosadas a la vivienda en las casas de una planta única. El uso del sillar tal vez sea la causa de que las edificaciones presenten una regularidad geométrica que sólo encontramos en la arquitectura *culta* de las zonas ya estudiadas. Las casas de este tipo no tienen galería y sus aleros apenas sobresalen de la fachada. También existe un tipo mixto de sillar y mampostería; pero, aun en este caso, la construcción carece de revoco. La madera, usada en galerías exteriores, tiene menor protagonismo que en el litoral cántabro. En Orense y en Lugo abunda la vivienda de dos plantas con escalera exterior de piedra, que desemboca en una galería lateral de madera cuya baranda la forman toscos balaustres horizontales. La habilidad de los



Ribadavia (Orense).



Hórreos gallegos.



Paloza del Castro de Santa Tecla (Pontevedra).

canteros gallegos se patentiza, una vez más, en la construcción de estrechas y alargadas ventanas de ventilación abiertas en bajos y desvanes, y en sencillos guardapolvos sobre las ventanas, sin duda por influjo de la arquitectura culta, que se manifiesta, especialmente, en la casa palaciega, el llamado *pazo*, el cual se corresponde con la casona montañesa. Son típicos de los pueblos de esta región los soportales de piedra, cerrados por largos arquivadros o por arcos de medio punto sobre pilares del mismo material.

La palloza se encuentra entre las creaciones constructivas del pueblo gallego, como en Asturias y en León, y sin diferencia alguna con las descritas.

En cambio, el hórreo gallego presenta aspectos muy diferentes del asturiano. Por lo pronto, suele ser mucho más pequeño, y, en su construcción, la piedra constituye el elemento principal. La planta es rectangular, alargada, pero también puede ser circular. Excepcionalmente se da el de planta cuadrada, por influencia del asturiano.

Sobre cuatro o seis postes de piedra se colocan los *torna-ratos* —equivalentes a las muelas o pegolleras asturianas—, y en ellos descansan las cuatro vigas de madera para formar, con sus paralelas, de la techumbre y otras verticales, una jaula que después se cierra con tablas de menor tamaño. La techumbre vierte a dos aguas, y está cubierta, generalmente, con teja curva. La escalera de subida al hórreo no es fija, sino de mano y portátil. Hay hórreos contruidos en piedra en su casi totalidad, salvo, tal vez, la techumbre, de madera y teja. Entre las piedras, colocadas como si fuesen tableros, se deja una serie de rendijas para la ventilación del interior. Aunque más o menos ajustados a este esquema, los hórreos gallegos presentan múltiples variaciones, sin que falte el humilde *cahaceiro*, un gran cesto entretejido con varas de carballo, aislado del suelo por maderos o piedras de corte vertical, y que tiene sus correspondientes torna-ratos. El techo es de paja. El elemento que se utiliza mucho para hacer cobertizos o *alpendres* —otra construcción típica de la región, pero común con Asturias y Vasconia— es el pajar —*pendella*—, nave de escasas dimensiones, elevada sobre una base de piedras, con cerramiento de maderas y techumbre de teja curva, a dos o cuatro aguas.

Aunque no se trate de arquitectura, sino de escultura, debemos citar, por su innegable valor estético y el carácter que dan al paisaje, los famosos *cruceiros*, extraordinaria versión de los calvarios que se extienden por todo el territorio español, y de una belleza impresionante cuando surgen ante ermitas y santuarios, o en medio de la verde campiña, mientras se oye, a lo lejos, el tañido de las campanas, que suenan, en Galicia, como si el cielo fuese de cristal.

VIII

La arquitectura popular en León y Castilla la Vieja

La submeseta norte de la Península comprende los territorios de los antiguos reinos de León y de Castilla. Su clima es continental,

seco, duro, extremoso. Al campo le falta el bosque del que, siglo tras siglo, le desposeyeron, y del que sólo quedan manchas aisladas. La economía se centra en el cultivo de cereales —especialmente el trigo— y en la ganadería vacuna, ovina y de cerda. Contrariamente a lo que sucede en la zona cantábrica, todas las construcciones, aquí, se concentran en el poblado, cuyo centro es la plaza, donde radican la casa del ayuntamiento y, frecuentemente, el templo parroquial, que centran la vida civil y religiosa del pueblo. Este esquema no aparece tan claro en las zonas limítrofes con las comarcas del litoral; va acentuándose a medida que se avanza hacia el sur. El influjo de las casas gallegas, asturianas o santanderinas persiste en el norte de Palencia, León o Burgos. El material generalmente usado sigue siendo la piedra: granito, pizarra, neis, en sillares o mampostería, que también puede construirse con canto rodado recibido con barro. Persisten las galerías de madera, con balaustres, tablazón, o mixtas de ambos elementos. Se encuentran los quitafuegos santanderinos —menos acentuados—, el hórreo, la pallaza, las cubiertas de pizarra o teja, y surgen el palomar de planta cuadrada —a una o dos aguas—, el chozo de piedra y el corral delantero. Pero, sobre todo, el uso constante, y a veces masivo, del barro, que va en progresión a medida que bajamos hacia la planicie del Duero.

Existe, no obstante, una construcción primitiva y característica de esta comarca norteña: es una vivienda que incluye el establo en su propio recinto, de planta rectangular, con muros de mampostería y canto rodado. Se penetra en su interior por una puerta con dintel de piedra o arco adovelado. Lo más original de esta construcción es que la techumbre —a dos aguas— apoya en grandes horquillas de madera exteriores a los muros, pero adosadas a ellos. Las vigas del caballete se fijan, por sus extremos, a los respectivos pies derechos, y los pares laterales a otras tantas vigas, asimismo exteriores; pero que se corresponden con las del interior, las cuales, por estar situadas en el centro del rectángulo, dividen a éste longitudinalmente en dos partes iguales. Sobre los pares se hace un forjado de ramas —los *zarzos*—, encima se pone la paja de centeno —*cuelmos*— y, por último, las *aspras*, varales de haya o de roble para sujetar el conjunto. En un rincón extremo está el hogar, sin chimenea: el humo sale por una ventana tan pequeña como las restantes de la habitación, para evitar que las chispas del fogón provoquen un incendio; sobre el hogar se construye un techo de vigas entrecruzadas, el *tapín*.

Ya en los pueblos más meridionales de esta comarca hacen acto de presencia el adobe y el tapial. Son los protagonistas de la zona que estudiamos a continuación, y cuyo ejemplo más típico nos da la llamada Tierra de Campos, que alcanza a las provincias de León, Zamora, Palencia y Valladolid.

La escasez de leña obliga a utilizar el barro en crudo, mezclado con paja fina, cal, gravilla o cascote. Dos son los procedimientos de emplear el barro: de manera masiva, en el tapial; y, fragmentada en pequeños trozos de forma regular: el adobe. La tierra destinada a tapial requiere una lenta preparación. Se la extiende en pequeños montones para que sufra la acción del agua, del hielo, del sol, durante algunos meses, de modo que las posibles semillas depositadas en ella pierdan toda su vitalidad. El tapial se construye enco-



Casas de adobe.
Peñaranda de
Duero (Burgos).

frando la tierra entre tableros de madera, y apisonándola. La tapia *acerada* lleva cal y arena; la tapia *real*, cal y tierra. La construcción se hace por sucesivas *tongadas*, que, para darles uniformidad, se revocan con barro, al que se añaden briznas de paja. Después, se alisa con una liana de madera, la *trulla*. Es frecuente que la planta baja de estas edificaciones sea de tapial y la superior, o superiores, —pueden ser dos o tres—, de entramado de madera. Las casas así construidas forman conjuntos muy homogéneos, con soportales edificadas a base de pies derechos, asimismo de madera, sobre dados de piedra, y unidos por zapatas a la viga principal, o *carrera*.

Es típico de esta comarca el sistema de calefacción conocido como *gloria* y cuyo origen puede ser romano. Se trata de un hogar situado bajo el piso de las habitaciones, y el cual se enciende con paja seca. El aire caliente discurre por un conducto recto que desemboca en el humero, una chimenea con salida al exterior; del conducto principal salen una red de pequeños canales para que el aire caliente se distribuya mejor por el área del piso.

Los palomares constituyen otro elemento arquitectónico de singular belleza en el campo castellano. Son de barro y adoptan formas cuadradas, octogonales o cilíndricas. Se componen de una serie de tabicones concéntricos en los que se abren los pequeños nichos —las *oracas*—, donde se meten las palomas. Las cubiertas son de teja a una, dos o más vertientes, según la forma de la construcción.

En las tierras altas de la Meseta aparece el cultivo de la vid y la elaboración de los caldos correspondientes, lo que da motivo a la construcción de bodegas y cuevas subterráneas, para elaborar los vinos y conservarlos después. A la cueva-bodega se accede por un largo subterráneo. Un ensanchamiento del mismo sirve de lagar, y, en la continuación del largo corredor se abren, a un lado y otro, los grandes nichos para colocar las cubas o las tinajas. Encima del lagar,

y de trecho en trecho, se abren unos huecos, elevados verticalmente hasta salir a la superficie de la tierra, para que se ventile el recinto. Estas chimeneas se cubren exteriormente con unos conos perforados, de piedra o de tosca mampostería. En algunos sitios, la roca está próxima a la superficie del suelo, y entonces la bodega, o cueva, puede tomar grandes proporciones a lo ancho y a lo alto, por no existir peligro de derrumbamientos. Es el caso de Foncastín, en Valladolid. Cuando el túnel se horada en materiales blandos y sensibles a la humedad, es preciso revestirlo de ladrillo en paredes y bóvedas, las cuales suelen ser de medio punto.

Los pozos de las eras y las casetas o chozos para guardas, o para encerrar los utensilios del laboreo campesino, son otro elemento interesante. Generalmente están contruidos en ladrillo y adoptan formas diversas, cuadradas o redondas, con cierres abovedados.

El ladrillo, combinado con el adobe o con el tapial, es muy utilizado en la llamada Tierra de Pinares (Avila, Valladolid y Segovia) y puede revestir fachadas enteras o limitarse a reforzar puertas y ventanas. Es corriente, en las construcciones mixtas de ladrillo y tapial, que se revoque este último, dejando el ladrillo visto.

El sentido de convivencia ciudadana, propio de los núcleos de población formados en torno a una autoridad local definida, crea la plaza, como centro de la vida pública, y la calle con soportales, los cuales, en la submeseta norte, se construyen a base de pies derechos de madera unidos por zapatas a las vigas horizontales de las viviendas correspondientes.

Esta solución está particularmente extendida por las zonas donde existen bosques más o menos próximos, y da lugar a las construcciones con entramado de madera, cuyos vanos se rellenan con mampostería, mortero, adobe o ladrillo. Es la casa típica medieval, que vemos en Burgos, en Soria, en Segovia, etc., y de la que aún quedan ejem-



*Casa típica medieval.
Covarrubias (Burgos).*

plares anteriores al siglo XVI. Peñaranda de Duero y Covarrubias, —ambas poblaciones burgalesas—, nos ofrecen bellos ejemplos de este tipo de construcciones.

En algunos de los soportales aludidos, el pie derecho de madera se ha redondeado y pintado para asemejarlo a una columna de piedra. Así, en Olmedo y en otras villas castellanas. En todo caso, rara vez arranca del suelo directamente; lo normal es que se apoye en un trozo de fábrica o pétreo. Ampudia y Aguilar de Campoo, en Palencia, Medina de Rioseco y Villalón de Campos, en Valladolid, Cuéllar, en Segovia, conservan calles porticadas del mayor interés.

IX

Los pueblos de las Cordilleras Centrales

La cordillera carpeto-vetónica separa las dos submesetas centrales, y en sus vertientes del norte y del mediodía se desarrollan algunos de los tipos de arquitectura popular más interesantes y pintorescos. Este sistema montañoso, arcaico, se divide en dos grandes cadenas: el Guadarrama al oriente, y Gredos a occidente, subdivididas, a su vez, en sierras diferenciadas entre sí. Volvemos a encontrar, en ellas, la mansión típica de la alta montaña y los pequeños pueblecitos de irregular trazado. La vivienda serrana se construye con piedra sin labrar. La techumbre es de madera, cubierta con lajas de la misma piedra o con teja curva, la cual se coloca simplemente en canal, sin cobija, aunque ésta aparezca de trecho en trecho, para sujetar a la primera. Se trata, así, de que la nieve se funda totalmente lo antes posible y de quitar sobrecarga al tejado. Las construcciones destinadas a pajares, a establos y cuadras, constituyen construcciones adyacentes. Estas casas, de escasa ventilación, techumbres de acusada pendiente, a dos aguas, con chaflán en algunos casos, son las más corrientes en la sierra de Guadarrama, donde aun se ven algunas edificaciones de grandes tamaños, con cocheras y corrales adyacentes, que fueron antiguas ventas o casas de postas. La fábrica de estos edificios es más perfecta, pues los huecos van protegidos por jambas y arquivadas de sillar, y la mampostería puede estar recubierta con cal y yeso.

En las sierras de Pela y Ayllón se ven casas de varias plantas, volando unas sobre otras, con los entramados vistos. La techumbre a dos aguas, el caballete paralelo a la fachada principal, aleros salientes, gran balcón, o galería, de balaustres de madera, torneados o toscamente labrados a cuatro caras.

En Gredos, la construcción predominante es la entramada de madera, materia prima que abunda en sus bosques. Sobre una primera planta de piedra levántanse otra o más a base de jaula de maderos y relleno de los vanos con la misma piedra, barro, mortero de cal y canto, o ladrillo. Los caballetes son paralelos a las fachadas, en las que vemos las galerías y balcones de madera, algunos antepe-

chos, y medianerías enteramente chapeadas de tablazón. Las casas del Valle del Tiétar suelen ser de dos plantas, las de la Vera de Plascencia, de tres, y en alguna zona, como la Alberca, Miranda del Castañar, Villanueva del Conde, —provincia de Salamanca—, hasta cuatro. En la casa albercana se reserva la planta inferior para los animales, la segunda para vivienda, —incluida la cocina—, y la tercera —el sobrado—, para almacenar los productos agrícolas. Lo curioso de estas casas es que no tienen chimeneas. El horno de pancocer, en forma de media naranja, de adobe, suele estar fuera de la casa.

Una de las comarcas más empobrecidas de España la forman las Hurdes Altas y las Hurdes Bajas, ubicadas en las proximidades de esta región. La casa de las Hurdes Altas es de tosca mampostería, cubierta en una sola vertiente, poco inclinada, de lajas de piedra; de una planta sola, dividida en zaguán, —habitado por los animales—, el dormitorio común y único para las personas, y la cocina. Escasean los huecos y no existen las chimeneas. Menos deprimente es la vivienda en las Hurdes Bajas. Aquí, la edificación tiene dos plantas, encaladas al exterior, con balcón o galería en la segunda, donde está la vivienda. Pero los materiales de construcción son lo mismo de rudimentarios.

La alquería es un pequeño núcleo de población aislado en el campo de las Hurdes Altas.

El sistema de los Montes Ibéricos lo constituyen una serie discontinua de macizos montañosos que se desarrollan en dirección nordeste-noroeste, dejando a su parte septentrional el valle del Ebro, y dando origen, en sus fuentes, a los ríos Duero, Tajo, Júcar y Segura. Los dos primeros recorrerán, de este a oeste, las submesetas centrales, septentrional y meridional, paralelamente; los segundos regarán las tierras levantinas.



La Alberca (Salamanca).



Piedralaves (Ávila).

El clima es duro y suele registrar las temperaturas más bajas de la Península. Existen bosques de pino, haya, abedul y acebo, sin que falten los encinares, que antiguamente cubrían todo el territorio. Además del bosque, —donde lo hay—, se explotan la ganadería y la siembra de secano. La población está concentrada en pequeños núcleos, o aldeas, muy distantes entre sí.

También pueden distribuirse los diversos tipos de arquitectura popular del Sistema Ibérico en dos grupos: la construcción de piedra y la entramada, más la combinación de las dos, hasta el punto de no predominar la una sobre la otra.

La edificación de piedra nos ofrece dos variantes: la mampostería con sillares en puertas y ventanas y la revocada, sin ocultar los volúmenes de las piedras. En muchos casos, se ven galerías con balaustrada de madera a heces de fachada. También existe algún balcón volado.

Las casas suelen ser de dos plantas con la cocina en la segunda. Es la pieza principal de la habitación, a la cual se entra por una puerta que da a un amplio zaguán. En cuanto al entramado de madera, adopta las más variadas estructuras. También se ven edificios en los que se combina la piedra con el adobe. En algunos, —los de Covarrubias, por ejemplo—, las vigas horizontales de plantas y techumbres, que cargan sobre la carrera de la planta inferior y, a su vez, soportan la de la superior, se dejan vistas, dibujando una especie de cenefa que sirve de adorno a la fachada. Las techumbres son a dos aguas y de teja curva. La casa entramada también aquí da lugar a la construcción de soportales.

Entre las provincias de Burgos y Soria se extiende la Tierra Pinariega, cubriendo un área que va, desde Salas de los Infantes, a Lerma y Calatañazor, como puntos más importantes.

La casa pinariega puede tener una planta baja, dedicada a vivienda, y un desván. Sus muros son de toscas piedras y llevan un entramado elemental de maderos verticales y horizontales que, a veces, no se ve al exterior. El adobe y el tapial pueden tomar parte en el cerramiento.

Existe otro tipo, menos simplificado, de una planta baja de piedra y la segunda entramada, con los huecos macizados por piedras, tapial, adobe o ladrillo, o el encestado, parecido al seto de las edificaciones del norte cántabro. En las casas de familias acomodadas, la piedra tosca ha sido sustituida por el sillar.

Anotamos aún dos aspectos de la arquitectura, en esta Tierra pinariega: el *casillo*, construcción auxiliar de una sola planta que se destina a usos agrícolas, y la importancia que adquieren las chimeneas, cónicas, de los hornos o de las cocinas; chimeneas que, la mayor parte de las veces, son las que dan luz a la propia cocina, de la que ocupan un gran espacio.

Un elemento típico de los pueblos de Cuenca, incluidos en esta amplísima zona que estudiamos, es el tejazoz a dos aguas encima de las puertas.

En la submeseta meridional y Extremadura

Componen este conjunto geográfico las provincias de Castilla la Nueva —antiguo Reino de Toledo—, la de Albacete —del Reino de Murcia— y las de Extremadura: Cáceres y Badajoz. Los límites naturales de tan extensa zona son las cordilleras Central y de Sierra Morena al norte y al sur, respectivamente; las estribaciones de la Cordillera Ibérica y de la Bética, a oriente, y el Reino de Portugal a poniente. En el centro de la zona así delimitada, se hallan las pequeñas elevaciones de los Montes de Guadalupe, —estribaciones de Gredos—, y de los Montes de Toledo, que preceden a la gran llanura manchega. El clima es continental, duro, extremoso, aunque menos frío que el de la submeseta norteña. Sobresalen, con carácter propio, la región de Extremadura y la de la Mancha. Los cultivos más importantes de la zona son el cereal, el olivar y la viña, a los que han de añadirse las grandes dehesas de monte alto y el pinar, que cubre gran parte de la provincia de Cuenca, especialmente.

La pequeña y media propiedades caracterizan al norte de la zona, —La Alcarria, en Guadalajara, y Serranía de Cuenca—, así como a una parte de la Mancha; la gran propiedad se extiende por amplias zonas de la provincia de Toledo, —procedente de los antiguos señoríos—, y por Extremadura. Los núcleos urbanos más importantes, por el número de sus pobladores, están, por lo general, en la Mancha, donde antiguamente poseyeron grandes territorios las Ordenes Militares de San Juan y de Calatrava, que aún apellidan a muchas de sus ciudades y villas.

En los materiales de construcción de esta submeseta predominan la piedra y el barro. La primera en forma de mampostería, cogida con el dicho barro, tierra o cal, y llagueada con esta última, o revocada y blanqueada al exterior. También se usa una especie de hormigón a base de barro. Otro elemento básico es el ladrillo, que puede emplearse como único material, o para reforzar al adobe, al tapial y a la mampostería. Así se ha creado el *aparejo toledano*: tongadas de tapial, que se encuadran entre machos y verdugadas de ladrillo, o estructuras de este último con relleno de piedras o cantos —mampostería concertada—, o de adobe. Los muros pueden revocarse dejando el ladrillo visto, o en su totalidad, con yeso fino procedente de Alameda de la Sagra o de otros pueblos comarcanos.

La casa de esta gran región responde a las necesidades de la tarea agrícola. Quiere decir que, aunque se encuentre dentro del poblado, no pierde el carácter de casa de labranza, distribuida y adaptada para estos fines. Por consiguiente, con mayor o menor amplitud o modestia, consta de habitación para sus dueños, cuadras, graneros, pajares y, frecuentemente, bodega y cueva para elaborar y conservar el vino. En algunas casas pudientes, incluso molino aceitero y, por supuesto, el horno de pancocer. Lo que no se encuentra ya, en estos pueblos, es el aspecto medieval de algunos de sus homólogos de la

submeseta norte. El caserío de Toledo y de la Mancha se ha renovado, sin duda, en época más reciente, y es raro encontrar edificaciones populares que sobrepasen la segunda mitad del siglo XVI.

La casa manchega suele de una planta y doblado, y de dos plantas y aun de tres en los grandes núcleos urbanos. La propia de los labradores consta de una vivienda, con entrada por la calle del pueblo, un patio y un corral —o el corral sólo—, en el que se alzan las construcciones adyacentes de utilización agrícola. El acceso al corral y a estas edificaciones subsidiarias se realiza por la propia puerta de la casa —en las más humildes—, o por otra lateral o trasera. Esta última recibe el nombre de *puerta falsa* y tiene las proporciones de un ancho y alto portalón, con piedra en la parte inferior de las jambas para resguardo de los carruajes.

La distribución interna de la casa es como sigue: zaguán y pasillo —o corredor—, que se continúa hasta el patio, situado en la parte trasera de la casa. A un lado del zaguán, la sala, con alcoba o alcobas, sin ventilación directa; y, al otro lado, la escalera de la planta alta o del desván. Siguiendo el corredor se encuentra la cocina, normalmente acostada y de campana, y la salida al patio, en el que pueden estar el horno, el pozo, el gallinero, la leñera, etc. De aquí se pasa al corral —corralón si es grande—, donde hay un cobertizo para poner a cubierto los aperos de la labor, y al que dan las puertas de la cuadra, el establo; el pajar, la cochera y la bodega, cuando la hay. El lugar destinado a los bueyes empleados en el laboreo de la tierra no se llama establo, sino *boyería*. La conservación del vino, a partir de los meses de abril y mayo, ha de lograrse trasegándolo a la cueva, que recorre, bajo tierra, el perímetro de la casa principal, de la bodega, o de ambas. A ella se desciende desde la misma vivienda. La cueva no se diferencia, esencialmente, de las que describimos de Castilla la Vieja, sólo que su bóveda no suele ser de medio punto, sino en forma de ojiva, cuyos muros laterales se estrechan al llegar al suelo. Así se consigue una mayor resistencia, pues lo normal es que el subterráneo esté labrado a pico y no lo refuerce fábrica ninguna. Los huecos para la respiración están abiertos en sentido vertical y pueden salir a la calle —por la fachada del edificio— y a algún cuarto interior, portal cocina... Se llaman *suspirones*. Si la cueva se ha abierto en el campo, los suspirones se cierran con pequeños conos o pirámides de piedra, agujereados. Un ejemplo nos lo da: Mérida. La iluminación de la cueva, a veces excavada con profundidades superiores a los tres metros, se efectúa, siempre, con candiles o con luz eléctrica. La puerta es única y debe tener algún ventanillo que también contribuya a la respiración, cuando no está construida por tablonés entrecruzados, que dejan entre sí grandes espacios libres.

En estos pueblos vinateros, la bodega es una construcción importante. Por su menor transmisión de las temperaturas externas, suele construirse de tapial calicastro con verdugadas y machos de ladrillo; la cubierta es a dos aguas, con teja curva. El fruto se vierte en el lagar por una o más ventanas con descargaderos de encina —describo la bodega antigua—, y el mosto, una vez *pisado*, corre al *pocillo*, que suele ser una pequeña tinaja enterrada en el suelo. Los depósi-



Plaza porticada en Tembleque (Toledo), y molinos de viento de Campo de Criptana (Ciudad Real).

tos donde ha de verificarse la fermentación del mosto se alinean a uno y otro lado de la nave, sujetos por los *empotros*, una armadura de pies derechos de madera y tablones, que sube a la altura de los brocales para poder manipular en sus interiores. Estos depósitos, en época pasada, eran todos de barro cocido: las tinajas se fabricaban en Colmenar de Oreja y en algún otro punto de la región.

El molino aceitero era otra edificación típica, desaparecida ya para dar paso a las modernas fábricas. También constaba de una gran nave, con techumbre de teja vana, a dos vertientes, y en cuyo interior se montaban la gran viga, la muela, la *piedra candil*, etc., elementos principales de la maquinaria, más los *trojes* para acumular la aceituna y el almacén del aceite, el cual se guardaba en pequeñas tinajas de barro, como las del vino. El molino debía contar con un amplio corralón para extender la aceituna y secar los *capachos* utilizados en la molturación. Lo frecuente era que, por lo menos uno de los lados de este gran corral, fuese un cobertizo, algunos de cuyos pies derechos eran los *husillos* ya gastados, que así adoptaban el aspecto de rústicas columnas salomónicas.

La casa toledana manchega presenta sus techumbres a dos aguas, caballete paralelo a la fachada —salvo en las construcciones de uso industrial o pecuario—, aleros pequeños y revoco de yeso blanco, refractario al calentamiento solar. Los muros interiores carecen de zócalos y los techos, frecuentemente, son de vigas vistas y bovedilla de yeso. Se ven construcciones con soportales, y balconadas corridas, como en la plaza de Tembleque. La galería entramada suele abrirse a la plaza mayor, donde habitualmente se celebraban las corridas de toros, y su conservación va íntimamente unida a este cruento espectáculo.

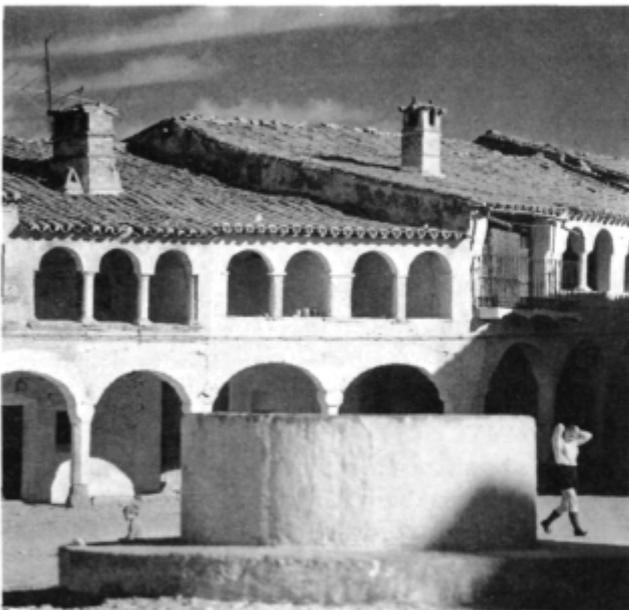
El palomar, cuando no forma parte de la vivienda, adquiere proporciones mucho menores que en la submeseta septentrional y suele

tener planta cuadrada. Un tipo de construcción muy rudimentaria de esta zona la constituyen las casetas, los chozos y el *bombo*. Se utilizan como refugios de guardas y pastores. La caseta es de ruda mampostería, rectangular, con techumbre a dos aguas; el *bombo*, construido con la misma materia, tiene planta circular —aproximadamente— y se cubre con una bóveda también de pedruscos. El chozo está hecho a base de una armadura de palos y cubierta de ramaje, y puede adoptar diversas formas. Normalmente es un refugio temporal cuya permanencia va unida a la de trabajos también temporales. Para resguardar al ganado de los riesgos del agua y del sol, y poner a cubierto las pesebreras, junto al chozo se construye un toldo largo, a base de palos verticales, otros atravesados en la parte superior, y ramón de encina y sauce, dejando al descubierto los costados. En Toledo recibe el nombre de *gango*.

Hay otros dos tipos de construcción muy propios de La Mancha: la vivienda subterránea y el molino de viento.

El terreno calizo y el arcilloso son los más idóneos para abrir, en ellos las cuevas, que, en la región de Madrideojos y de Villacañas se llaman, impropiaemente, *silos*. Una rampa —*cañada*—, conduce desde la superficie del suelo a la puerta de la cueva, que suele estar formada por un zaguán —*portalejo*—, con su pozo, y una serie de habitaciones, cocina, alcobas e incluso cuadra, pajar, etc. La iluminación se realiza mediante claraboyas cilíndricas. Estas y los muros superficiales están revocados de yeso blanco al exterior.

El molino harinero de viento apareció en La Mancha a mediados del siglo XVI. Es una torre cilíndrica de tosca mampostería, revocada en blanco y cubierta de una *caparuz* de tablas en forma de cono. Esta *caparuz* se abre en uno de sus lados para dar salida a la



Plaza porticada. Garrovillas (Cáceres).



Casas de la Judería. Hervás (Cáceres).

enorme viga giratoria a cuyo extremo se sujetan cuatro aspas, armadas con palos a los cuales se atan las *velas* de tela, que habrá de impulsar el viento. La citada viga es un eje y lleva una rueda para engranar con el otro eje vertical, que hace rodar la piedra de moler. Una larga pértiga mueve el sistema *caparuzo*, eje y aspas, a fin de situarlo en la dirección del viento. Entonces se sujeta la pértiga a estacas fijadas en el suelo o al movable *borriquete*. En el interior, el molino tiene una escalera que da acceso a sus dos plantas superiores. Son famosos los molinos de Campo de Criptana (Ciudad Real), Consuegra (Toledo) y Mota del Cuervo (Cuenca).

La otra zona que vamos a considerar, dentro de la submeseta sur, es la extremeña, salvo las comarcas de la Vera de Plasencia y parte de las Hurdes, de las que hemos hablado ya.

Las construcciones en esta zona también pueden clasificarse según usen la piedra o la madera como materiales más característicos. Típico de la casa extremeña más meridional, especialmente la de Badajoz, es el uso de los techos abovedados en planta baja. Los huecos de la superior, generalmente el desván, muestran dos ménsulas de piedra para, sobre ellas, colocar alguna balda con macetas. La construcción de la cocina, fuera del conjunto de la vivienda puede ser otro rasgo común a estas casas. En una comarca extensa, en la que se comprende Trujillo, a las entradas de aquéllas, preceden arcos de medio punto o rebajados, que dan lugar a un pequeño espacio, de la anchura del muro, tras el cual se abre la puerta adintelada de la casa. Cuando el grueso del muro no lo permite, el arco sobresale de la fachada, dando lugar a una terracilla sobre el mismo. En los pueblos de Cáceres es frecuente el esgrafiado para enriquecer el adorno de las fachadas, técnica también muy usada en la ciudad de Segovia y su provincia. El gran tamaño de la chimenea es característica de esta región.

Por último, nos referimos al chozo extremeño, portátil o fijo, de factura cupuliforme, conseguido a base de palos cruzados, que se unen al punto superior de cruce, y de otros perpendiculares a los primeros, formando una red semejante a la de paralelos y meridianos de un mapa esférico.

XI

Andalucía

La construcción popular andaluza es muy varia y podemos agruparla según tres zonas geográficas bien diferenciadas: la de Sierra Morena —límite con la submeseta central—, la depresión del Guadalquivir y la esteparia, localizada en las cordilleras béticas.

De acuerdo con esta división geográfica, el país está sometido a una variada climatología, que va desde la mediterránea oceánica a la

de montaña y a la subtropical. Esta última corresponde a parte del sudeste, en la provincia de Almería, donde se encuentran la sierra y el cabo de Gata.

La economía andaluza es eminentemente agraria y ganadera, y sus industrias se derivan de los productos agrícolas. En algunas zonas se explota la minería y, en sus largas costas, la pesca. Pero, a los efectos de la construcción popular, es la economía agraria la determinante de sus aspectos y caracteres más típicos. La población se concentra en conjuntos urbanos en los que predomina la blancura de la cal y del yeso. Los poblados más influidos por la larga permanencia musulmana presentan un aspecto desigual y laberíntico, a veces, de calles y plazas, pasadizos, escalinatas y callejas, que contrasta fuertemente con la planificación regular y geométrica de los pueblos fundados en el siglo XVIII por los gobernantes de la Ilustración, de acuerdo con sus proyectos colonizadores de Sierra Morena. El ejemplo más patente de este urbanismo reglamentado y geométrico nos lo ofrece La Carolina (Jaén).

En el campo andaluz hay tres cultivos masivamente dominantes: el del olivar, el de la viña y el de los cereales, aumentado recientemente por el del girasol. Los dos primeros dan origen al conjunto de construcciones agrupadas en la *hacienda*, que se ubica en pleno campo, mientras la gran explotación cerealista motiva y caracteriza al llamado *cortijo*. La proximidad a las comarcas levantina, extremeña y castellana marca su influjo en la Andalucía fronteriza. En zonas serranas, la casa difiere poco de sus homólogas de otros puntos de la Península. La tipología propiamente andaluza hay que buscarla en otros puntos de tan extensa región, y varía según los lugares y el medio ambiente. En la zona costera, la casa es de dos plantas —a veces de tres y aun cuatro—, con techumbre de teja curva o con una azotea cuyo piso puede ser de baldosín o de tierra apisonada. Esta



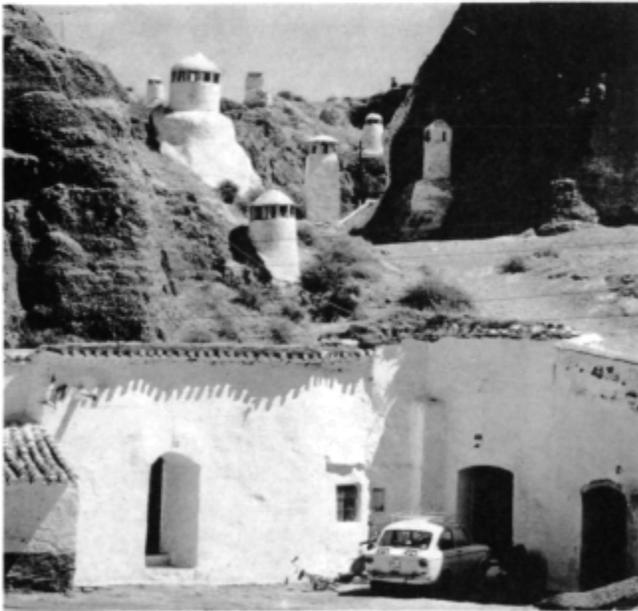
Estepa (Sevilla).



Cortijo. Medina Sidonia (Cádiz).

vivienda tiene zaguán de pequeñas proporciones y, a continuación, el patio, del que arranca la escalera de acceso a la segunda planta. La casa sevillana pasa por ser la más típica. Tiene techumbre a dos aguas, con el caballete paralelo a la fachada, y está cubierta de teja curva. Cuenta con dos pisos y se organiza en torno al patio, centro vital de la vida familiar, con su fuente y su cancela, en las casas ricas. La entrada principal nos presenta una portada resaltada, es decir, con ancho arco sobresaliendo del plano de fachada. Las ventanas son un elemento capital en su fisonomía, pues se cierran con grandes rejas descansando sobre sendos poyos que arrancan del suelo mismo de la calle, y se cubren con tejadillos más o menos grandes. A veces, la portada tiene una breve cornisa o listel en la parte superior. Los barrotes de las rejas dejan, entre sí, espacios iguales, en sentido horizontal y en sentido vertical; pero, sin duda, las antiguas, muestran los hierros horizontales más juntos, dos a dos, en los extremos y en el centro de la reja. La celosía de madera completa la impresión de intimidad que nos producen. La reja así descrita —aunque sin el poyo— puede cerrar incluso los huecos menores de una segunda planta destinada al *soberado*. Los aleros de estas edificaciones son breves, como en la casa manchega, y las fachadas, deslumbrantes de blancura, carecen de imposta.

La *hacienda* y el *cortijo* no suelen ser construcciones populares, sino rústicas. Constan de la habitación para los propietarios —el *señorío* en la hacienda— y de las construcciones adyacentes, en torno a un corralón central. En las haciendas, los edificios subsidiarios son la casa de labor, la gañanía, los graneros, la almazara, donde se extrae el aceite, y la bodega si, además, hay viñedo. Esta última y el molino de aceite faltan en el cortijo, donde los graneros y los pajares adquieren mayor importancia. La casa de los dueños va unida, muy frecuentemente, a la de labor. Las haciendas importantes inclu-



Casas subterráneas. Guadix (Granada).



Arcos de la Frontera (Cádiz).

yen, en su cerrado recinto, el palomar y algún torreón mirador que les da cierto carácter de pacífica ciudadela.

Aspecto muy diferente presentan las casas de Almería y su contorno: sin patio, sin corral interior, con muros lisos de mampostería y barro, de una, dos y hasta tres plantas en la zona serrana, huecos pequeños, con acceso al granero por una escalera exterior y, lo más característico, la cubierta segmentada en alturas desiguales, debido a que los muros de las habitaciones sobrepasan la línea de la techumbre, la cual queda más baja y a distintos niveles.

Contrastando, una vez más, con las edificaciones descritas, la vivienda propia de las dos Alpujarras —la granadina y la almeriense— tiene los muros exteriores de mampostería encalada o revocada y zaguán sin puerta, al que dan las de la vivienda y la cuadra. Si la planta segunda pertenece a una familia distinta de la que vive en la inferior, la escalera de subida está en el patio. Las terrazas de unas casas, a veces, se unen con las contiguas.

Aspecto realmente sugestivo nos ofrecen las habitaciones subterráneas de esta región, especialmente las de la zona granadina, más *rematadas* que las almerienses. Las cuevas, excavadas en montículos pedregosos y arcillosos, llegan a crear conjuntos de gran extensión, escalonándose en el accidentado terreno, por el que serpean los senderitos que sirven de *vías* de comunicación. Las entradas buscan los rayos solares del mediodía andaluz, radiantemente encaladas. Les precede una pequeña terracita donde está el pozo, también blanco. Blancas son las chimeneas, cilíndricas o cónicas, de mampostería, con su sombrerete de teja o ladrillo para proteger a los hogares contra la lluvia y la nieve. Los conjuntos más importantes y típicos del modelo de vivienda troglodítica, que acabamos de describir, se hallan en Purullena, en Guadix, etc. Pero, con aspectos algo diferentes, en muchos lugares de las mencionadas provincias. Por ejemplo, en las almerienses Cuevas de Almanzora y Vera.

La galería de madera no está del todo ausente en la vivienda andaluza, y aún queda algún ejemplo de ella, como sucede en la granadina Baza, en plena zona de estepa.

XII

Las construcciones populares levantinas

Prescindiendo de consideraciones más exigentes, llamamos región levantina a la integrada por las provincias de Alicante, Valencia y Castellón. Esta amplia región cuenta con una zona costera, otra interior, montañosa, y una tercera de llanuras y mesetas, que, en alguna parte, son francamente esteparias e incluso desérticas.

El clima es muy seco, el más seco de la Península, y cálido. Ello es causa de la pobreza arbórea en toda la región. Se mantiene la ganadería y se explotan, con grandes beneficios, el bosque de cítri-

cos —naranjos y limoneros—, y el regadío en sus dos formas, de aguas rodadas y elevadas. Las primeras, gracias a los dos ríos principales que surcan el territorio, el Júcar —o Turia— en Valencia, y el Segura en Murcia, sabía y minuciosamente aprovechados en infinitas redes de acequias y canales. El agua de cada acequia se distribuye entre los miembros de su propia comunidad de regantes, y, para este fin, y para dirimir cualquier conflicto que sobre el riego surja, funcionan antiguas instituciones o tribunales que fallan sin apelación. Así, el Rial, o de Montcada, y el Tribunal de las Aguas, que tiene jurisdicción sobre siete acequias del Turia y se reúne a la puerta de la Catedral de Valencia desde tiempo inmemorial.

Los dos tipos de explotación que acabo de señalar, el del campo y el de la huerta, marcan, a su vez, las peculiaridades de la población y de la vivienda levantina, que en el primer caso adquiere agrupaciones concentradas en poblados muy próximos, en la tierra llana, y, en el segundo, es dispersa.

La falta del arbolado que normalmente se utiliza en la construcción, obliga a los levantinos a valerse de la morera y de la blanda y quebradiza higuera; pero, sobre todo, de materiales ligeros como la paja, la caña y la broza. En consecuencia, vamos a encontrar, como típicas de la región levantina, tres principales construcciones: la casa de forma cúbica, muros de mampostería revocada, caballete paralelo a la fachada principal y tejado de escasa pendiente, a una o dos aguas, y la pintoresca barraca, más la propia de las comarcas montañosas, lindantes ya con Tarragona, Teruel y Cuenca, y semejante a las ya descritas del Sistema Ibérico occidental: galería y balcones de madera con tejadillos a una o dos aguas, mampostería vista revocada o simplemente encalada en sus dos, tres o cuatro plantas. Lo único peculiar de estas construcciones es la *sebera*, es decir, el secadero de la *seba*, la cebolla.

La casa de forma cúbica, en muchas zonas de la región carece de tejado, sustituido por una terraza, cuyo suelo es de tierra apisonada.

El campo levantino se anima con las casas de labor: las alquerías, en plena huerta, y las *masías* en los secanos. Son viviendas cuadrangulares, con otras construcciones anejas para cuadras, pocilgas y aun bodegas. En la sierra, la masía es de piedra mampuesta sin revoco, pero puede llevar ladrillo visto en jambas y esquinazos. Las masías alicantinas presentan, a veces, garitones de aspecto defensivo en los ángulos de los muros que protegen la *heredad*. Las techumbres, normalmente, son de teja curva y en las fachadas no faltan el balcón y el reloj de sol.

La alquería es la vivienda campestre, con edificios anejos, situada en plena huerta, y sus características son semejantes a las de la masía.

En la campiña de Elche se ven casas de labor modestas, de una sola planta, cuyo rasgo típico es la *porchá*, cobertizo de teja o terrado sobre pilares, que se prolonga a dos terceras partes de las fachadas y tiene tabicada la del sur. La casa cuenta con una cerca de tosca mampostería que sólo tiene acceso a través de la vivienda.

En terrenos llanos también aparece la casa subterránea, llamada

silo, como en La Mancha. El sistema de construcción es semejante: una rampa escalonada conduce a la puerta del habitáculo, a unos cuatro metros de profundidad. Los muros se refuerzan, a veces, con mampostería o ladrillo. Quedan sin techar los espacios destinados a corrales. Estas viviendas subterráneas son propias de la zona valenciana.

La casa alicantina de la Marina Alta se caracteriza por la presencia de la *naia* y del *riu-rau*. La primera consiste en un porche, con tres o cinco arcos de medio punto, adosado al edificio y sirve de lugar de reunión a los miembros de la familia. El *riu-rau* es un pórtico unido a la casa de labor o próximo a ella, que se utiliza como secadero de la uva pasa. Pero la construcción más conocida como típicamente levantina es, sin duda, la barraca. Sobre una base rectangular se levantan sus cuatro muros con adobes toscos —*atobas*—. Los lados más cortos del rectángulo corresponden a la fachada principal y a la opuesta; los más largos, a los costados o testeros. En ellos se sujetan, verticalmente, unos palos, denominados *laeros*, los cuales se unen a los del testero de enfrente por medio de otros horizontales, *caenas*. A lo largo de la parte superior de cada testero va la *carrera*, en la que se fijan los palos de la techumbre, los cuales se juntan, en ángulo agudo, en su parte superior para sostener a la *lomera*. Por otro lado, las *caenas*, que suelen ser dos, sostienen en su centro un pie derecho que sirve para sostener, asimismo, la lomera, y a dos



Barraca valenciana.
El Palmar.

guardamentos, que parten de su base, oblicuamente, y también contribuyen al mismo fin. La techumbre se forma con una red de palos cruzados o haces de cañas gruesas, sujetas con cuerdas de esparto, que son las que soportan la paja, y la risca, de una primera capa, sobre la que después se fijan otras dos.

A la barraca se accede por una puerta en la fachada meridional, y nos hallamos, así, en la habitación que sirve de cocina, comedor y

cuarto de estar. La barraca murciana sólo tiene otro cuarto, el dormitorio —al que se pasa a través del primero— y, sobre el dormitorio, el *sostre*, una pequeña cámara abuhardillada, la cual sirve para almacenar los productos hortícolas que no se venden diariamente, y para dormitorio de los hijos mayores. La separación de las camas familiares, en el dormitorio único de la planta baja, se realiza colgando sábanas del techo a manera de cortinas. Es frecuente, en las familias pobres, que los padres duerman en una cama, los niños pequeños, a su lado, en un catre, y los mayores en el *sostre* sobre algún montón de paja.

Hay otros dos tipos de barraca en la huerta de Murcia: la de *testero* y la *mixta*. La primera tiene todos los muros de entramado de madera y caña, revestidos de barro. La *mixta* lleva las dos fachadas de *atobas* y los *testeros* de entramado. La barraca de Valencia es más consistente. Los muros son de adobes —*gassós*—, y sobre la *carrera*, —*cadorsa*—, que se apoya en los muros de los *testeros*, se fijan los pares de la *techumbre* —*costelles*— y los tirantes. La cámara superior se denomina *andana*, y lleva un piso de cañizo que se sujeta en los tirantes.

La *techumbre* es, de piezas de madera y elementos vegetales que se crían en la *Albufera*, así como de paja de arroz y de trigo, esta última de menos duración.

La distribución interior de la barraca valenciana es más compleja: la puerta, a un lado de la fachada principal, da acceso a una larga habitación de paso, donde está la cocina, y a cuyo extremo hay otra puerta. Las correspondientes a los dormitorios se abren a esta habitación-pasillo, de la que también arranca la escalerita para subir a la *andana*. La diversidad de actividades se refleja, asimismo, en la de tipos de barraca, de cuyo modelo común hemos dado una superficial idea. El mismo huertano que cultiva los arrozales puede ser pescador y criador de anguilas, y su barraca —en tiempos ya pretéritos—, clavada en el suelo fangoso de la laguna, tenía el carácter de una primitiva construcción lacustre.

Para terminar, diremos que no siempre el hortelano se construye su propia vivienda —como podría desprenderse de lo ya dicho—, existe el *barraquer* de oficio, especializado en estas humildes y bellas construcciones populares.

XIII

El alto Ebro y Aragón

Volvemos a las tierras del centro peninsular, concretamente a la Rioja, en un valle del alto Ebro, limitada al sur por los Montes de Oca, las sierras de la Demanda, Cebollera y del Moncayo, más otras alturas intermedias como las sierras de Cameros —Nuevo y Viejo—, de Alba y los Picos de Urbión.

Aparte del Ebro, siete ríos de limitado caudal riegan la región, entre ellos el Oja, que le da nombre.

El territorio se divide en dos comarcas: la Rioja Alta, entre Belorado y Logroño, y la Rioja Baja, que llega hasta Cervera del Río Alhama. En la Rioja entran las provincias de Logroño —en su totalidad—, y las de Burgos, Soria y Alava, muy parcialmente.

La construcción riojana se asemeja a la de sus comarcas fronterizas: la cántabra, la vasca y aun la pirenaica. En la distribución de los diversos niveles, esta construcción presenta el aspecto ya común a la popular del resto de España. En la primera planta se aloja el ganado; la segunda se destina a vivienda, y la tercera, a granero. El material empleado es la mampostería, que, a veces, alcanza el rango propio del sillar. Los entramados son de madera con pies derechos en los esquinzos y de aspecto más desigual que en las construcciones análogas de otras zonas.

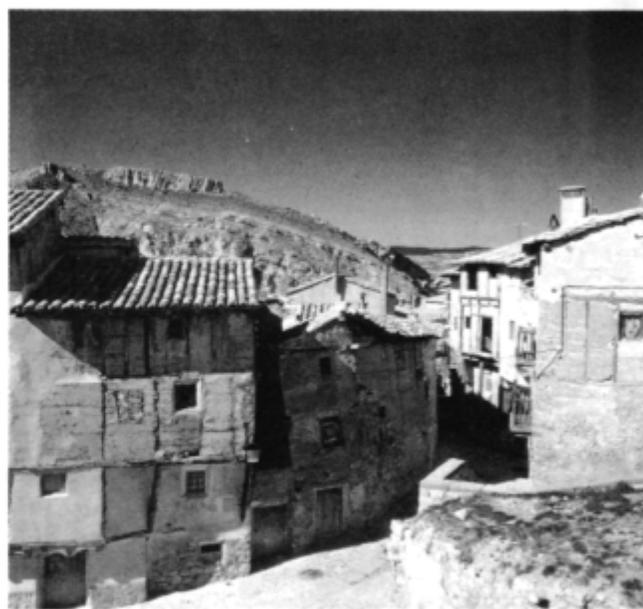
Así, se ve en Berceo, Bobadilla, Laguna de Cameros, Pradillo, etc. Los cerramientos son también de mampostería, o de ladrillo visto. Este último elemento va tomando mayor protagonismo a medida que nos acercamos al territorio navarro y, sobre todo, al aragonés.

En la ribera navarra aparecen ya el adobe y el tapial, en estructuras de ladrillo, como en el aparejo toledano, y una serie de arquerías en la última planta, a las que protege un alero muy saledizo. Son las llamadas *solanares*, inspiradas, seguramente, en la arquitectura culta. Menudean las casas soportaladas, de machos de piedra y ladrillo encalado. En lugares como La Fresneda (Teruel) se suceden las calles porticadas con arcos, que casi arrancan del suelo, y estrechos pasadizos.

Estos caracteres son comunes a las construcciones aragonesas —río Ebro abajo—, y a las de Tarragona en su parte meridional. Es típico de las casas de Teruel, Huesca y Zaragoza que tengan tres plantas —a veces dos o cuatro—, de mampostería, revocada en la



Valderrobles (Teruel).



Albarracín (Teruel).

primera, ladrillo o barro en las superiores, gran desván —*angolfa* o *esgolfa*—, totalmente abierto en sus cuatro costados sobre la fachada más importante, con la cubierta a una sola vertiente, inclinándose hacia la posterior y protegido por la teja curva.

La distribución, por plantas, es la ya conocida: zaguán en la primera, cocina y dormitorios en la segunda, granero y secaderos de frutos en la última. El suelo de zaguán se hace de tierra o de yeso; el de las plantas superiores, de madera y cañas entretejidas, sobre las cuales se extiende un piso, también de yeso, mezclado con aceite, para darle mayor consistencia y mejor vista.

No faltan, en la región, las viviendas subterráneas, las cuevas cuya originalidad respecto a las de otras regiones se denota en las chimeneas, que aquí son muy salientes y tienen la base de piedra, sobre la que se levanta el tubo, hecho con cañizo y barro. Así pueden verse en Rueda y en Bardallur, pueblos de la provincia de Zaragoza.

En la parte más baja del Ebro, ya en plena comarca tarraconense, próxima al delta de su desembocadura, aparece de nuevo la influencia levantina, incluso con la típica barraca, de modestísimo aspecto.

XIV

La masía y otras construcciones populares de Cataluña

La región catalana ocupa el extremo noroeste de la Península Ibérica, y sus accidentes geográficos más importantes son la continuación de la cordillera pirenaica, al norte, y la depresión del Ebro en la zona meridional. Hay unas cordilleras próximas a la costa y una franja, a lo largo de toda ella, de características específicamente mediterráneas. El territorio de Cataluña se divide, pues, a efectos geográficos, geológicos y climáticos, en tres zonas: la pirenaica, de duras condiciones atmosféricas, poblada de bosques, y cuyos habitantes viven en pequeños poblados aislados en los valles, del cultivo del campo y la ganadería; la depresión central, llana, de clima seco, fundamentalmente agrícola, y la franja mediterránea, de clima benigno, densamente poblada, en la que se ubican las ciudades importantes, entre las que sobresale Barcelona, la segunda ciudad de España en volumen de población. En la zona pirenaica dominan el prado natural y el bosque de montaña; el propiamente mediterráneo —la encina, por ejemplo—, en la zona esteparia de Lérida; y la huerta en las riberas del Ebro y del Llobregat. En esta zona húmeda, la población aparece diseminada.

De las construcciones pirenaicas y de las que se extienden en el valle del Ebro ya nos hemos ocupado antes. Réstanos hablar de la más típica de todas, la casa payesa de la vieja Cataluña, la que nace en los antiguos condados francos, la que luego constituye la Marca Hispánica y, por fin, reconquista los reductos musulmanes de Tortosa y Lérida.



Camprodón (Gerona).

Se denomina *mas*, *manso* o *masía* a un complejo agrario que responde al *païralismo*, sistema de propiedad estrechamente unido al régimen de los antiguos mayorazgos. El hijo mayor, el *hereu*, hereda la totalidad, indivisible, de la masía en la que ejerce su autoridad. A su mujer, la *mestressa*, corresponde la organización de la casa. Los hijos menores, los *cabalers*, pueden permanecer en ella o abandonarla. Cuando falta el varón, la heredera es la mayor de las hijas, la *pubilla*, pero la autoridad sobre la masía corresponde a su marido, el *pubill*.

Hay una masía principalmente ganadera, —en los Pirineos—, y otra cerealista, hortícola, vitícola, según los cultivos propios de cada zona. En la depresión interior de la región existe la casa cerealista.

El nombre de masía, —contrariamente a los *mas* y *manso*—, se atribuye hoy no solamente al conjunto agrario que representa, sino a sus edificios principales. Así, podemos hablar de masías refiriéndonos a las edificaciones cuya clasificación tipológica podría ser como sigue: con techumbre a dos aguas y caballete paralelo a la fachada principal; con el mismo reparto de cubierta, pero con el caballete perpendicular a la fachada, y con tejado a cuatro aguas. Este último presenta una linterna central que no existe en la masía ganadera.

La casa campesina, —payesa—, tiene un balcón secador que ha pasado también a algunas masías, así como la galería con arcos de medio punto.

Hay un tipo de masía que se ha llamado *basilical* porque su cuerpo medio sobresale de los laterales, desnivel que, curiosamente, no se aprovecha para dar iluminación al mencionado cuerpo. También existen pórticos abiertos y galerías secaderos que prolongan la misma vivienda.

El modelo clásico de masía es de planta rectangular o cuadrada,

tres cuerpos paralelos, mayor del centro, y, a veces un segundo, transversal.

La masía tiene dos plantas normalmente; en la baja está el zaguán, con la cocina y su gran chimenea de campana, a un lado; la cuadra al opuesto y la escalera al fondo. En la planta segunda hay una sala y, a uno y otro lado, los dormitorios. Los componentes de la masía son la bodega (*celler*), la cuadra (*cort*), el hogar (*llar*), el desván (*golfes*), el pozo (*pou*), el algibe (*bassa*), la fresquera (*gruta*) y, muy frecuentemente, un reloj de sol en la fachada, cuya orientación se dirige al mediodía o al sureste. Las puertas suelen construirse con arcos de medio punto, bien de piedra, abovedados, bien de ladrillo con revoco. También se usan los dinteles. En las fachadas que azotan los vientos dominantes, sobre todo el norte, —la tramontana—, los huecos son pequeños y escasos. Los interiores de la masía están encalados y las vigas de los techos descubiertas.

Una construcción rural muy extendida en la provincia de Tarragona es el que podríamos llamar refugio, de planta circular o semicircular, muros de piedras sueltas o cogidas con barro, puerta adintelada, —o en arco—, y cubierta formando una bóveda cónica. Cuando la planta del refugio es cuadrada, la bóveda mencionada se construye sobre pechinas. Hay un espacio, el *cocó*, donde se guarda el cántaro, y como el agua del mismo no es suficiente para que beban los animales, también existe un pequeño pozo donde se recoge el agua de la lluvia.

No podemos dejar el estudio de las construcciones populares de Cataluña sin referirnos a los conjuntos arquitectónicos que presentan muchos de sus pueblos, con sus calles y casas porticadas, sus pasadizos, de impresionante sabor medieval. En Gerona y en Tarragona existen, quizá, los más bellos: Santa Pau, Monells, Horta de Sant Juan, Batea..., nos trasladan a la Catalunya Vella.

XV

Mallorca, Menorca, Ibiza

Mallorca, Menorca, Ibiza, Formentera, Cabrera y algunos islotes más, constituyen el archipiélago mediterráneo de Baleares, del que solamente nos interesan, a los efectos de nuestro estudio, las tres primeras islas.

En Mallorca debemos distinguir tres zonas paisajísticas: la sierra de la costa norte, donde se alza la cumbre más elevada de la ínsula, el Puig Mayor, de 1.445 m. de altura; las sierras de Artá, en la costa sudeste, y, entre ambas cordilleras, una llanura intermedia, el Pla.

La orografía de Menorca también tiene una cordillera al norte y otra al sur. Ibiza cuenta con la sierra septentrional de Aubarca, una central y otra al sur, y muchos valles intermedios. Rasgo común a todas las islas es la carencia total de ríos y de arroyos, a los que sustituyen secas torrenteras.

El clima, en el archipiélago, es el típico mediterráneo, templado y húmedo, con dos vientos dominantes y opuestos: la *tramontana*, que viene del norte, y el *xaloc* —el siroco—, del nordeste africano. La vegetación balear es pobre, se crían el pino mediterráneo, la encina y el lentisco espontáneamente, y son cultivados el olivar, el almendro, el algarrobo y la viña, más el naranjo y el limonero. En general, el pino, el olivo —alguno milenario—, el almendro y la chumbera, son los vegetales característicos del paisaje balear.

La ganadería, especialmente la ovina y la porcina, son relativamente importantes en Mallorca y en Menorca. El poblamiento en ambas aparece concentrado, de marcado carácter rural en Ibiza, y disperso en esta última isla y en Formentera. Es notable el grado de urbanización alcanzado por casi todos los pueblos. Desgraciadamente, las construcciones destinadas al grande y pequeño turismo han destrozado conjuntos monumentales únicos. Víctima de este destrozo, la bella bahía de Palma.

El material de construcción común a Mallorca, Menorca e Ibiza es la piedra calcárea, blanda y de poco peso, llamada *marés*, que se usa, en todas partes, vista o con revoco. En Ibiza, comparte su empleo con la piedra de Formentera.

Las casas mallorquina y menorquina del medio urbano son de gran austeridad exterior: cubierta a dos aguas, caballete paralelo a fachada, una parte de sillería y otra mampostada con o sin revoco, ventanas cerradas por persianas de librillo que se pintan de verde y, más rara vez, de ocre o de gris. Desnudez de adornos en los muros; techumbres de teja curva a una o dos vertientes. Esta casa urbana tiene zaguán, pasillo, cocina y dormitorio a los lados del mismo. La planta superior es el desván. Las vigas de los techos se dejan vistas y el piso es de baldosa o de tierra apisonada.

La construcción rural es irregular, y consta de varias edificaciones pequeñas adosadas a la principal. Tiene, a veces, un porche abierto



Pórticos. Ciudadela (Menorca).

en fachada, porche que se cubre con un tejadillo, pero no en su totalidad: el resto es para el emparrado. Cuando la casa lleva dos plantas —la mayoría—, la vivienda ocupa la principal. La carencia de agua fluvial hacen indispensables el pozo y la cisterna. En esta última se recoge el agua de lluvia, por medio de una serie de canalillos contruidos con teja curva, que parten del tejado y recorren las fachadas. En Menorca, este sistema es particularmente visible, y se completa con el revoco total de los tejados, que presentan, así, un aspecto de resplandeciente y aséptica blancura.

Los techos de la casa menorquina se cubren con bóvedas de marés en las plantas bajas, para evitar el uso de la casi inexistente madera apta para construir. Las chimeneas, de sección rectangular, van cubiertas por una caperuza de teja. Las puertas son adinteladas.

Un elemento del paisaje mallorquín —hoy casi desaparecido, cuando no adulterado— lo constituye el molino harinero en forma de torre ligeramente cónica y rematado en una caperuza.

Las construcciones rurales menorquinas se llaman *ses casas*. En ellas viven las familias que labran el predio, conocido como *lloc*. La parte principal del conjunto la constituye *es casat*, donde radica la vivienda campesina, cuya *porxada* —o porche— de proporciones rectangulares, constituye la pieza más característica. Está abierta en su fachada sur por dos arcos de campanel, con o sin imposta, y da acceso a un patio exterior. Todas las habitaciones de la planta baja tienen entrada por este porche, cuyos arcos se cierran, en muchas ocasiones, para convertirlo en zaguán. En esta *porxada* suele estar la cocina, centro de la vida familiar, y de la que parte una gran chimenea en forma de tronco de pirámide. Dentro del *casat* se hallan también el horno y la quesería.

La abundancia de pedruscos sueltos, en la tierra, da origen a las cercas, que marcan los linderos de las diversas parcelas. A éstas se entra por puertas de palos o por unos saltadores o escalones, hechos, asimismo, de piedra.

La *barraca* y el *port* —a veces sinónimos— son albergues para el ganado, contruidos con piedras a secas. Sobre una planta circular se levantan una serie de grandes escalones concéntricos, inscritos en un cono, con una falsa cúpula interior de forma también cónica. La barraca puede tener, además de la puerta adintelada, otros huecos en el primer escalón. Las barracas más grandes llegan a alcanzar hasta cinco metros de diámetro por diez de altura. Las más impresionantes pueden verse en Ciudadela. El *port* es, propiamente, una alargada nave techada con lajas de piedra colocadas en ángulo, a dos aguas.

La casa urbana ibicenca se limita a la ciudad de Ibiza. Es de dos o tres plantas y carece de patio. En la fachada se abren los balcones, con balaustres de madera —hoy sustituida por el hierro más vulgar—, sobre repisas de piedra en la primera o en la totalidad de las plantas.

La puerta principal es, casi siempre, adintelada y raramente un arco. La ciudad vieja de Ibiza —la *vila*— se alza, en gran parte, sobre un empinado montículo en el que van escalonándose las casas. Sus respectivos terrados y azoteas —la techumbre exclusiva en estas



Rincón típico. Ibiza.



Casa de campo ibicenca.

construcciones— sirven, así, de sitio para estar y de tendedero a los habitantes de la casa contigua y más elevada. La parte baja de Ibiza queda fuera del recinto amurallado de la *vila* y constituye la Marina, próxima a la costa.

La casa rural ibicenca aparece diseminada por todo el territorio cultivable. Lo corriente es que tenga una sola planta con aditamentos sucesivos de diferentes alturas. Las edificaciones totalmente escueltas, son más raras. Elemento esencial de estas viviendas rurales es la cisterna, como en el resto del archipiélago. Las habitaciones más importantes son la sala y la cocina, con poyos para sentarse que, en algunas salas, se corren a lo largo de todas las paredes.

Existen porches, balcones, galerías-secaderos, a veces sin la defensa de una balaustrada. La cocina presenta un hogar central sin salida de humos encima. La campana suele comunicar la cocina con la sala.

El material empleado en estas construcciones lo constituyen la mampostería y el barro, revocados. También se construyen paredes dobles de piedra con relleno de escombros y barro. Las cubiertas de los dormitorios y las salas no se alzan a la misma altura. Los rollizos de los techos aparecen descubiertos en el interior de las habitaciones. Sobre esta vigería se fija una tablazón que, a su vez, lleva una capa de algas, otra de carbón, encima, y, por último, una tercera arcillosa. La capa de carbón, cuya finalidad es aislante, falta en muchas viviendas. Las chimeneas de estas casas son pequeñas.

Completan el paisaje arquitectónico ibicenco, de radiante blancura, las ruinas de antiguas torres pétreas de defensa contra los asaltos de la piratería musulmana; los molinos, como en Mallorca; las iglesias, también revocadas y blanqueadas en su totalidad, tienen atrio, y alguna de ellas está almenada. Lo característico de casi todas

es que suelen carecer de campanario, sustituido por graciosas espadañas. Cuando aquél existe, no pasa de tener minúsculas proporciones, y se sitúa, lo mismo que las espadañas, en la parte superior de la fachada principal.

XVI

El archipiélago canario

Siete islas y varios islotes (*roques*) forman el archipiélago canario, conjunto insular de origen volcánico a menos de 100 km. de las costas africanas del Sahara. Las mencionadas islas se llaman: Gran Canaria, Tenerife, Lanzarote, Fuerteventura, Gomera, La Palma y Hierro. Lanzarote y Fuerteventura parecen tener un origen común. De los islotes menores tan sólo uno está habitado, el llamado Graciosa. Los terrenos de las islas son, pues, volcánicos, así como sus montañas, cuya cumbre máxima es el pico Teide, en Tenerife, a 3.718 metros sobre el nivel del mar. El litoral común a estas islas es acantilado, con pocas playas y refugios naturales. El clima de Canarias sería francamente africano, si no mitigaran sus rigores los vientos alisios portadores de las lluvias, y la masa de agua fría que, en su viaje de retorno, lleva la corriente del Golfo procedente del norte de Europa.

El suelo agrícola es escaso y no produce, apenas, materias primas. El pueblo canario vive de la explotación de monocultivos: plátano, tomate y patata, que exporta en su mayor parte, y de la pesca el de la zona costera.

El suelo está dividido entre pequeñas propiedades y latifundios, cuyos dueños viven en las ciudades. El gran problema del pueblo canario es la falta de agua dulce, la cual se extrae de manantiales y pozos y se distribuye a través de galerías y presas.

La tierra es pobre en cal y en arcillas; el bosque autóctono casi ha desaparecido; la madera escasea. En consecuencia, la construcción se limita a utilizarla conjuntamente con la piedra y el barro. Esta piedra es basáltica y arenisca. La primera se utiliza en la mampostería, unida con barro, al que se agrega paja; la segunda —menos frecuente—, se labra en forma de sillares.

La *toba*, formada por aglomerados de *lapilli* volcánica, cumple con la función del barro en el tapial. También existe otro material constructivo, el *canto blanco*, formado por trozos segmentados de piedra pómez. Allí donde la madera —el pino canario— no existe, la sustituyen los troncos fibrosos de las palmeras.

El gran ausente de este cuadro es el ladrillo —por la falta de arcillas a propósito—, pero la de clase inferior sirve para fabricar tejas y pavimentos. La pobreza y la uniformidad de estos materiales es la característica de la arquitectura canaria, tanto urbana como rural. A ellos han de atenerse unos sistemas de construcción que no pueden ser más simples: muros de carga de mampostería o de

RESUME

La grande diversité de paysage du relief espagnol se met aussi en évidence dans son architecture populaire. Nous pouvons ainsi trouver toute une typologie qui va des maisons avec des solides murs en pierre et des toits d'ardoise notamment penchants à cells bâties en terre cuite —cruie d'argile et mur en pisé—, ou grattées dans la terre, avec des grandes terrasses. Des maisons lattées en bois et avec des fermetures en cailloux, aux chaumières du Levant et aux grands ensembles des places et des rues porchées. Il faut ajouter en plus les bâtiments accessoires, à usage agricoles, tellement pittoresques et typiques que les greniers (hórreos) du Nord et les moulins à vent du midi et des Îles Baléares et des Canaries. Tout cela donne à l'ensemble, ou heureusement se jumelent la géographie, la tradition et l'histoire, un intérêt exceptionnel et donne lieu à plusieurs ambiances uniques dans son évocation et beauté.

sillares con la *toba* y el *canto blanco*; techumbres inclinadas o planas, de madera, a una, dos o cuatro vertientes con cubiertas de teja o de una masa de barro a la que se añade paja, como al tapial castellano. Los huecos de fachada son muy reducidos —para defenderse del clima— y están cerrados por madera, a base de una carpintería muy sencilla. Los muros se revocan con barro antes de cubrirlos de cal. A veces, esta última embadurna la carpintería de los huecos irregularmente, dejando la mampostería vista. Las techumbres pueden ser a un agua, con su vertiente plana, o a dos, con la estructura corriente de par e hilera. Sobre la vigería se pone el cañizo para crear una superficie plana, sobre la cual extender la masa de barro. Esta cubierta puede continuarse hasta cubrir un balcón o un porche que, en algunos puntos de las islas, se conoce con el nombre de *alpendar*. Lo forman la dicha prolongación de las vigas de techumbre y la de los muros laterales del edificio, unidos por una viga en su parte superior. Para impedir que esta viga sufra el peso de la techumbre, suele descansar, en su parte media, sobre las zapatas de uno o dos pies derechos, que a su vez lo hacen sobre pequeñas bases de piedra. Cuando la casa tiene dos plantas puede formarse una galería alta. En todo caso, el acceso a esta planta segunda se efectúa por una escalera exterior, que desemboca en el balcón o en la galería mencionada. La casa canaria tiene que defenderse de los vientos dominantes y, a este efecto, suele presentar la forma de una L o una C. En otras ocasiones se preserva detrás de un muro defensivo. Además de los porches, la casa suele tener patios y emparrados, más el horno, el pozo y una pila para destilar el agua potable —la destiladera—, que unas veces ocupa una especie de hornacina y otras se sitúa en el balcón.

En todo caso, la característica de la construcción canaria es el predominio de los macizos sobre los huecos y su forma rectangular.

SUMMARY

The landscape great variety that Spain relief map shows is also reflected in his popular architecture. So that we can find a typology which goes from the houses with petrous solid walls and slated sloping roofs to those built in baked earth —sun-dried brick and mud wall— or scratched into the ground, with big balconies, or the other ones made in wooden framework and stone shuttings or the thatched houses from the Levante and the housing estates with porched squares and streets. It is necessary also to add the accessory constructions used in agriculture, so picturesque and typical as the granaries (*hórreos*) from the North or the meridional, balearic or canarian windmills. All that gives an exceptional interest to a whole in which geography, tradition and history are so successfully combined that create some unique, evocative and beautiful environments.



Aspecto urbano. Santa Cruz de la Palma (Canarias).

Esta última da origen a verdaderos módulos susceptibles de ser agregados unos a otros para componer el volumen total de una edificación.

Como en diversos lugares de la España meridional, en Canarias también existen cuevas habitadas, pero mucho más pequeñas y de distribución más simple que las ya conocidas. A lo sumo, constan de tres habitaciones, y hoy se dedican exclusivamente a depósitos de productos campesinos y aperos, cuando no a establos. Como rasgo común, estas cuevas tienen una fachada semejante a las que muestran las casas de superficie con su muro vertical y su puerta, y pueden llevar, adosadas, construcciones exteriores. En este caso suele quedar un patio pequeño entre la casa, propiamente dicha, y la entrada del subterráneo. Ese patio se adorna con plantas y flores de exuberante colorido.

Aún quedan por describir muchos más aspectos característicos de esta arquitectura insular; pero en un trabajo como éste no lo estimo necesario. Citaré, no obstante, la curiosa forma que frecuentemente adoptan las chimeneas, en algunos puntos de Canarias, siempre bajo el temor al azote de los vientos. Las hay de todo tipo, muchas veces a base de complicadas caperuzas de fábrica, madera y teja curva.

Para concluir, mencionaré al molino de viento, semejante al balear, con su cuerpo ligeramente cónico y su caperuza de igual forma, pero mucho más pensada; y a las ermitas, blancas, sin torre —como cumple a su especie—, y en cuyo frente se abre un curioso balcón alto, con la barandilla saliente, debajo de la hueca espadaña.

ZUSAMMENFASSUNG

Die grosse Vielseitigkeit der spanischen Landschaften ist auch an der volkstuemlichen Architektur erkennbar. Demzufolge stehen wir einer Topologie gegenebede, angefangen bei Wohnhaeusern mit soliden Steinmauern und Schieferdaechern bis zu den Konstruktionen aus Erdschlam, oder sogar in Erde ausgehoelt, mit grossen Terrassen, auch Holzkonstruktionen, bis zu den Gartenbaracken im Levante-Gebiet und dem Urbanismus mit seinen Plaetzen und Strassen. Nicht zu vergessen sind die Zusatzbauten, gebraeuchlich in der Landwirtschaft, ebenso pintoresk wie typisch, wie die Kornscheuern in der nordlichen Bergkette oder die Windmuehlen des mittleren Flachlandes und der kanarischen und den balearischen Inseln. Dies alles gibt ein aussergewoehnliches Interesse an einer Gesamtheit, in welcher sich gluecklicherweise die Geografie, die Tradition und die Historie verschnelzen, um eine Umgebung einzigartiger Schoenheit hervorzurufen.